

Las condiciones de la decisión y sus relaciones con el
debut adolescente

Una nota sobre los límites y los horizontes de la
intimidad adolescente

C. Moguillansky*

Resumen

La intimidad se aparta de la vida pública. Escinde la propia espontaneidad de su máscara visible. La espontaneidad se refugia en la vida íntima y deja para la vida pública el intercambio operativo de los intereses y el prestigio. Su otra frontera, aun más significativa, linda con ese resto visceral que se excluye de los intercambios íntimos, al servicio de salvaguardar la ecuación represiva y la dignidad narcisista de una persona. El cuidado por el dolor de la vida íntima está en estrecho vínculo con esas defensas, pues el dolor está ligado a ellas. El debut produce un cambio significativo de la espontaneidad íntima. El instala un nuevo punto ético, a partir del cual el joven asume su propia vida como propia.

Palabras clave

Intimidad, decisión, debut, adolescencia, ética.

No se comparte todo en la vida sexual. En cada persona y en cada acto sexual, un resto –visceral– se aparta del intercambio y rompe el mítico completamiento andrógino del amor. Esa exclusión se verifica aun más en el individuo, cuando algo de sí se resiste al acceso voluntario y rompe su ilusión de identidad. Sobre esa latitud se agrega otra, en la obligada reserva que el sexo adulto observa respecto del sexo infantil. Esta breve observación recorre un terreno heterogéneo que va desde el dominio imposible de la propia división psíquica al ilusorio acto

* cmoguillansky@gmail.com / [CV](#)

transgresor que intenta acceder a ella. Si el resorte de la vida emocional se recluye en lo inconsciente inaccesible, las estrategias del abuso y de la violación buscan un ilusorio atajo hacia ese ámbito reservado; para acceder, por la vía del abuso del otro, a aquello que se resiste en su propio campo.

El abuso infantil instala una confusión de lenguas entre dos dimensiones del sexo que responden a distintos regímenes éticos. Entre ambas, el acceso adolescente a la idoneidad sexual instala una zona de metamorfosis. Ella tiene reparos biológicos –en el cuerpo, que nos es común con el del animal– y una transformación psíquica –donde la palabra es el nexo indispensable de la dimensión emotiva y ética, propia de lo humano, que llamamos *logos*–. La diferente idoneidad sexual del adulto y el niño marca una línea ética y jurídica, que marca el límite del ejercicio sexual lícito y de la profanación de un valor sagrado, atribuido al psiquismo infantil. Ese cuidado de la infancia se desliza hacia la vida adulta, en tanto la propia condición sexual –y humana– es una dimensión inviolable y su profanación produce una catástrofe ética y una miseria psíquica difíciles de reparar. En ambos casos, la condición humana se degrada a una naturaleza animal, que Agamben (2002) llamó la *nuda vita*. Si el cuerpo es usado como mero objeto sexual, la *nuda vita* reemplaza a la libertad humana para decidir por su cuerpo y su deseo. Sobre esa distinción elemental, los usos del cuerpo –propio y ajeno– dan lugar a distintas variedades del ejercicio sexual, que tienen sus propias condiciones de decisión y reglas de funcionamiento consciente e inconsciente. La decisión es una instancia central en la constitución de la libertad, cuya pérdida destituye un elemento clave de la condición humana. Por ello su exploración puede iluminar los resortes clave –éticos y emocionales– de lo humano en la vida anímica.

En la historia de la especie y en la constitución de una persona, el acceso a la palabra marca un salto cualitativo entre el registro sensitivo animal, orientado por la serie placer-displacer, y una discriminación cualitativa sofisticada articulada en el *logos*. Esa habilidad permitió la intelección de estados distintos e inauguró una ligazón social que trasciende el vínculo mamífero. Freud lo advirtió en *Proyecto de una psicología*, al distinguir el dolor del displacer y asociar a las palabras la cualidad psíquica. De la mano de la palabra, la persona se insertó en vínculos de comunicación y significación, en una semiosis tan creativa como infinita. Dicha producción es tan intensa que se suele ubicar en ella la frontera entre lo animal (*zoé*) y lo humano (*bios*). La comunidad humana que resulta de dichas prácticas del lenguaje y de sus interacciones comunicativas y semánticas da lugar a un orden político –la sociabilidad originada en la *polis* griega– donde se inscriben tanto el poder como la ley. En ellos,

o sobre ellos, cada persona adopta una decisión que se manifiesta en su autonomía y, si se quiere ser más preciso, en su dimensión soberana.

La decisión es una zona de bisagra entre la dimensión social y la experiencia personal de una persona. Expresa su deseo, pero tras éste se vislumbra la eficacia de todos los factores de poder y de ley que determinan su ejercicio. Por ello lo que se da en llamar la intimidad depende del interjuego de poder de factores externos e internos del individuo, que definen qué, cómo y por qué se decide algo, ante quién y en qué momento indicado. La construcción de la decisión va de la mano del movimiento de autonomía que conduce a un adolescente a su futura libertad adulta. Y está en estrecha relación con las condiciones del ejercicio de su sexo y con la construcción de las barreras que él y los demás interponen entre su propia emotividad y la vida familiar y social.

La decisión acepta una normativa, explícita o no, que gobierna la normalización política de quien decide y de sus allegados. Pero también deriva de un deseo ético, que se rige por sus propias referencias, más allá de la moral social. Lo justo y lo jurídico, lo ético y lo moral, lo indicado y lo normalizado son dos dimensiones problemáticas entre sí, en tanto lo jurídico suele validar hechos injustos, cuando ellos caen por fuera de sus estipulaciones explícitas. La decisión se obliga a cumplir con el orden político, pero en momentos de excepción rompe con dicho orden y establece un nuevo orden ético. Si dicha novedad es solitaria, hace de la persona un marginado, y si es compartida por muchos constituye el germen de una propuesta común, como solemos ver en los movimientos juveniles. Sin embargo, el éxito o fracaso de esa ética no habla de su fuerza originaria o de su causa inicial, que se sostienen en la perspectiva propia de la decisión.

La distinción de estas dos perspectivas –ética y moral– marca el trasfondo decisorio entre lo que llamaríamos la obediencia al orden social y lo que permanece como razón personal y singular de cada joven. Si esa dimensión singular es avasallada o violada por un poder ajeno a su voluntad, la persona pierde su condición humana en alguna medida, hasta en un extremo caer en el lugar de la *nuda vita*. Por ello la creciente sofisticación del manejo del poder y el uso manipulador de sus herramientas para dominar la decisión de sus usuarios marca la frontera oscura y desoladora de sus fascinantes posibilidades. Junto al manual del usuario, se introduce la moral de consumo de sus herramientas, que subrepticamente se instalan como un nuevo orden de las costumbres, del prestigio e incluso de los usos del cuerpo. Y obligan al usuario a sostener un doble estándar clandestino para proteger su decisión íntima del poder convocante y sugerente, y muchas veces obligatorio del poder social. Las estrategias de las

redes sociales –los usos del *like*, del *rolling* y del *trolling*, etc.– son la punta del iceberg de tecnologías de comunicación que avanzan sobre la vida social hasta meterse en y con lo más íntimo de sus usuarios. Y cuyo uso se naturalizó como una costumbre normal del uso de los cuerpos que llamamos transparencia generalizada.

La respuesta defensiva a dicha presión mediática escindió los contenidos y las emociones que se distribuyen en esas redes sociales. Se banalizó el intercambio de los contenidos mediáticos. Al perder su valor emotivo, el intercambio afectivo íntimo se diluyó en expresiones sensibleras o efectistas. Incluso modificó el uso del cuerpo, en la manifestación de una desnudez inexpresiva y vacía de emoción, cuyo intercambio da lugar a destrezas sexuales o bien a desafíos descarados –donde la expresión del rostro pierde su espontánea expresividad a favor de un uso efectista–. La decisión se escinde defensivamente en dos planos concéntricos: uno abierto a la red social y otro oculto, donde se refugia la ética propia y personal. La máscara y la persona se escinden en dos planos éticos divergentes y se instala una curiosa clandestinidad de la persona respecto de sí, en el ejercicio de esta renovada hipocresía social. Lo visible juega un rol predominante en la creación de la máscara y define qué contenidos se declaran en la aduana de la transparencia. Cada vez que un contenido es declarado y puesto a disposición de la mirada social, se lo despoja de su carácter emotivo. Al igual que en el uso del rostro desnudo en Occidente, la expresión facial de la máscara varía según el uso –hipócrita, inexpresivo o emocional– que le impone el usuario en cada ocasión. Por ello, a pesar de la gran transformación que tuvo el intercambio corporal y emotivo en la actualidad, él debe evaluarse a la luz de estas variaciones expresivas y del valor emocional que se atribuye en cada momento a aquello que se intercambia. La decisión intenta permanecer invariante en sus principios y distribuye “al dios lo que es de dios y al César lo que es del César”.

La clínica muestra las distintas variedades de ese gradiente entre la sumisión social al ideal de turno y la respuesta ética que se reserva detrás de la máscara social. Las cosas no parecen haber variado mucho respecto de la observación de P. Blos sobre la sexualidad juvenil en tiempos de la píldora; en aquel momento había jóvenes que preservaban un aspecto virginal, a pesar de tener un sexo frecuente, en acuerdo o en sumisión al ideal sexual de ese momento. La escisión entre la conducta política y la vida íntima distinguía la obligación normalizada de la conducta social y la decisión del modo y momento indicados de la conducta ética. La *normalización* remite a la norma política, formulada por la polis, y la *indicación* remite a *diké* y a índice, dos

modos de indicar el camino recto, como expresión de una decisión signada en la propia ética.

Estas dos líneas de la decisión –normalización moral e indicación ética– determinan dos modos de participación social diferentes en la vida grupal juvenil. La normalización atiende al propósito de pertenecer y participar de la vida grupal, asumir sus emblemas, jugar con sus reglas y luchar por la carrera del prestigio. La adhesión y el narcisismo son sus modos principales, al servicio de un ideal de pertenencia que asegure la consistencia exogámica por fuera del sostén familiar. La adhesión a los líderes y emblemas de esa vida grupal comparte con la infancia el ideal del sostén del self infantil desde la figura de un Superyó personalizado. Por el contrario, la indicación se rige por un ideal ético anónimo, que se instaló en el adolescente como resultado de su creciente autonomía personal y su mayor capacidad para discernir su propia visión, respecto de la opinión ajena –parental o social–. Cuando no predomina el ideal de pertenencia grupal, el intercambio emocional es muy intenso y las identificaciones proyectivas cruzadas permiten el despliegue de distintas conjugaciones del conflicto sexual de cada uno y de todos en general. Ese intercambio da una perspectiva cambiante a cada participante, pues puede estar tanto en un rol activo, luego en uno pasivo y luego ser un simple espectador de una escena ajena que no lo implica tanto. Ese ideal ético suele ser impersonal, más allá de que el joven pueda reconocer que éste tiene raíces en el modelo provisto por la familia o por algún allegado. La ética de la indicación provee una gran independencia y estabilidad de la decisión. Al estar poco influida por la norma social, instala una creciente estabilidad emocional y vital en el joven, que entonces suele estar en condiciones de realizar proyectos de largo aliento.

No es de extrañar que esas dos legalidades asociadas a la decisión correspondan a dos tiempos distintos de la juventud, signados por el acceso al debut; ese momento en que un joven adviene a su propia versión de sí mismo y de su vida. Sea porque vivió un hecho que cambió su modo de ver el mundo o porque algo lo llevó a verse como alguien autónomo y con un espíritu crítico nuevo, el debut marca un antes y un después y le da un nuevo paradigma para comprender su propia vida. Ese momento corresponde al acceso a una forma más sofisticada de la intimidad, en la que cada joven reserva un aspecto opaco de su vida emocional y sexual y su experiencia se enmarca en la posibilidad de experimentar un dolor en estrecho contacto con su vida sexual. El cuidado por el dolor propio y ajeno sostiene tanto a la confianza como a la confidencia, como dos modos de aproximación emotiva a un semejante. En ellas se maneja un modelo de justicia singular, regido bajo la égida del cuidado por el provecho y el dolor

ajenos. Esta cualidad altruista de la justicia íntima gana un carácter decisivo en el momento de realizar una obra y en cualquier intento de producir un tercero que trascienda el provecho de quienes contribuyen a su obra: sea ésta un niño, una creación material o espiritual. Sin embargo, la intención de la confianza se distingue del marco donde ella se despliega. La confianza forma parte de la apuesta a que algo se sostenga a lo largo de la experiencia, pero la experiencia misma se sujeta a la libertad de quienes se implican en ella. La distancia entre la confianza y la sujeción tirana marca el límite entre los vínculos sostenidos en el mutuo deseo y las estrategias de poder asociadas al control omnipotente. Por esa razón, se excluyen de cualquier concepción de la intimidad aquellas emociones que intentan tener un control y de limitar la libertad del deseo –propio y del otro–. Esa condición distingue la intimidad del pacto cómplice o clandestino, así como de los acuerdos sostenidos en la lealtad o la obediencia debidas.

La intimidad tiene una frontera evidente en la vida pública, de la que se aparta, escindiendo lo propio de su máscara visible. Salvo excepciones, la espontaneidad se refugia en la vida íntima y deja para la vida pública el intercambio operativo de los intereses y el prestigio. Su otra frontera, aun más significativa, linda con ese resto visceral que se excluye de los intercambios íntimos, al servicio de salvaguardar la ecuación represiva y la dignidad narcisista de una persona. El cuidado por el dolor de la vida íntima está en estrecho vínculo con esas defensas, pues el dolor está ligado a ellas. Y la temperatura y la distancia del intercambio íntimo están en sintonía con ese cuidado. Esta frontera determina una nueva escisión entre lo que se comparte en la vida íntima y aquello que se refugia en esa dimensión sagrada personal, cuya violación es catastrófica. Pues esa violación transforma lo sagrado en un doloroso espectáculo. Tanto en la vida pública como en la vida íntima, la expresión emocional está en proporción con el riesgo de experimentar dolor. Por ello la desnudez adquiere una cualidad paradójica, pues es tanto más inexpresiva cuanto más muestra. Esa proporción preside, por un lado, el riesgo a sufrir el dolor del abuso, y por el otro es el resorte de la seducción, que ofrece su promesa sugestiva precisamente allí donde es más lo que promete que lo que muestra.

Bibliografía

Agamben, G. (2002). *Homo sacer III. El archivo y el testigo*. Madrid: Nacional.

Aristóteles. *De Anima*. [<https://es.scribd.com/doc/50620225/Aristoteles-De-Anima>.]

Ferenczi, S. (1932). La pasión de los adultos y su influencia en el desarrollo del carácter y la sexualidad del niño. Confusión de lenguas entre el lenguaje de la ternura y el de la pasión. En *IPA Congress Wiesbaden*.

Freud, S. (1979). La Interpretación de los sueños. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu. (Edición original: 1900.)

Moguillansky, C. (1992). El cuerpo adolescente y los niveles de privacidad. En *Psicoanálisis con niños y adolescentes, Tomo 2*. Buenos Aires: Paidós.

Rousseau, J.-J. (1997). *Confesiones*. Buenos Aires: Alianza.

Sibila, P. (2008). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: FCE.